



VIDA DEL INSIGNE VARON FR. JUAN DE SAN
MIGUEL, UNO DESPUES DE LOS PRIMEROS
APOSTOLES DE MICHOACAN

Vino este admirable Varón a este Reino de las Indias después de los doce Atlantes de esta conversión indiana, y todos los escritores de estas partes no señalan la Santa Providencia de donde vino, siendo así que todas podían pelear con noble codicia sobre la posesión de joya tan preciosa; pero mientras no se descubra la mina de donde se sacó este oro aquilatado, puede enriquecerse con él toda la Santa Provincia de Michoacán que lo incorporó entre sus hijos, y se gloria de contarlo entre sus primeros Padres, y fundadores. Desde que pasó de España fué destinado para el Reino de Michoacán, y luego que llegó a él, viendo que para aprovechar las almas de los naturales de este Reino era necesario saberles hablar en su idioma nativo, aprendió su

lengua con toda perfección, y en ella les predicó muchos años con gran fruto, y aprovechamiento de los Indios. Empleóse con tanto esmero en aquella conversión, que se levantó con la universal aclamación de los Tarascos, substituyendo el lugar de su primer fundador en la vida, ejemplo y observancia, y juntamente en propagar y extender lo comenzado. Fué muy penitente, casto y de mucha abstinencia, con que su predicación hería cuando enseñaba y en ella conocieron todos los gentiles los motivos de su conversión. Como verdadero Ministro del Señor, se mostraba siervo de todos con una humildad muy profunda, y de este centro se levantaba a buscar a Dios en la contemplación, y en ella era confortado para emprender pasmosas hazañas en servicio de Dios y bien espiritual de sus prójimos. Estaban en aquellos primeros tiempos los gentiles dispersos en lugares ásperos y entre la maleza de las montañas, y llevado de los fervores de su celo trasegaba los montes, y se arrojaba a los despeñaderos para buscar almas que convertir, y muchas veces como tudas acosadas quisieron despedazarle; pero era tanta la eficacia y suavidad de sus palabras, que amansaba sus iras, y los convertía en mansos corderos, y al retirarse a su Convento le salían a buscar balando por aquellas sierras.

Tuvo la palabra de este nuevo legislador la eficacia de su espíritu, pues como luz fogosa no le quedó gruta, peña, ni monte en donde no penetrasen los rayos de su predicación apostólica. Es constante que el santo fundador Fr. Martín de Jesús fundó las primeras iglesias, y destruyó los templos de los ídolos dejando extinguidos sus ritos, y diabólicas ceremonias; pero no tuvo lugar de fundar los Pueblos,

y darles leyes de política, porque hartó hizo en introducir la Fe, dejando lo que faltaba por hacer, a este V. P. que fué su sucesor, y lo cumplió tan exactamente que fué el primero que puso todos aquellos pueblos en política. Para mejor efectuar el celo grande que tenía de la conversión de aquellas gentes, los persuadió el que dejasen los lugares ásperos y montuosos en que vivían, y los hizo bajar a tierras más llanas, fértiles y frescas, donde fundó pueblos muy ordenados; haciendo a sus moradores dignos del nombre de hombres, porque carecían de él en las montañas donde vivían, por estar muy dispersos y apartados unos de otros, en lo cual padeció muchos trabajos. Y lo que más se debe encarecer en este hecho, es la eficacia que su palabra tuvo en aquellas bárbaras gentes, pues pudo persuadirles cosa tan dificultosa a los que se habían criado como brutos, haciéndoles dejar los lugares de su nacimiento, y venirse a otros, que aunque muy amenos eran para ellos desconocidos. Luego que los tenía congregados, emprendía la fundación, dividiéndola en calles, plazas y edificios, que aunque no eran muy costosos, eran de mucha decencia, y servían de ornato al nuevo pueblo. Instruíales en el modo que habían de observar en su gobierno, componiendo sus Repúblicas, y trayendo Maestros de todos oficios para que los aprendiesen, y así salieron los Tarascos tan grandes oficiales.

Ordenó que los niños se juntasen a la Doctrina, y de ellos escogieron las mejores voces para la capilla, y para que aprendiesen a tocar órgano, y con esta diligencia quedaron en todos los pueblos muchos Maestros de Música, y muy diestros Organistas; por su industria se introdujeron los instru-

mentos que sirven para cantar en los Coros, y los mismos indios los labraban con tanto primor como se ve hasta los tiempos presentes. Puso para estas cosas Fiscal, Mayordomos y demás Oficiales, que conservasen los Aranceles que les dispuso para su gobierno, y estos son los mismos que han seguido después acá todos los Ministros de Michoacán. Fué este Siervo de Dios el Legislador, como el que pedía el Santo Rey David, para que estas gentes indómitas supiesen que eran hombres, y no del número de las bestias. Lo que más le costó fué el reducir muchas Naciones de bárbaros Chichimecos, gente bruta y montaraz, y que el sacarlos de los montes es reducir una fiera a la quietud de la cadena. Sólo podrá hacer digno aprecio de lo costoso de esta reducción el que considerare la dificultad con que cada uno deja su patria y natural asunto: porque privar a uno de su gusto no lo sabe bien, sino el que se ve forzado a hacer lo que naturalmente le repugna. Tan natural es en todas las criaturas buscar su nativo centro, que hasta una insensible piedra si la tira a lo alto, luego que se acaba la fuerza del impulso, se vuelve a la tierra de donde se arrancó con violencia. De aquí conoceremos las grandes dificultades que este V. Varón tendría para arrancar estos indios de su natural asiento, y de aquellos brutales gustos, y delicias que gozaban en su barbarismo, sin sujetar su libertad a una ley que le quitaba las libertades de su apetito, y que forzosamente se habían de sujetar al gobierno de una cabeza los que jamás supieron tenerla.

Cosa es esta la más repugnante al natural del Chichimeco, pues sólo los que han comerciado con ellos pueden dar razón de la vida y trato de ellos, contrario a todas las Nacio-

nes, que usan alguna política en el mundo. El doctísimo Torquemada hace descripción de los Chichimecos, y dice son unos indios infieles, bárbaros, que no teniendo asiento cierto especialmente en verano andan discurriendo de una parte en otra, no sabiendo qué son riquezas, ni deleites, ni contrato de política humana. Traen los cuerpos del todo desnudos, y duermen en la desnuda tierra aunque sea empantanada, y viven en perpetua soledad, sufren mortales fríos, nieves, calores, hambres y sed, y por estas y otras cosas adversas que les suceden no se entristecen. Comen carnes de venados, vacas, mulas, caballos, víboras, y de otros animales ponzoñosos, y estas carnes cuando más bien aderezadas las comen sin lavar, y medio crudas, despedazándolas con las manos, dientes y uñas, a manera de lebreles. Diferéncianse de los indios de paz y políticos, en lengua, costumbres, fuerzas, ferocidad y disposición de cuerpo por la vida bestial en que se crían. Son dispuestos, nerviosos, fornidos, y desbarbados, y en alguna manera pueden ser tenidos por monstruos de la naturaleza. No tienen Reyes, ni señores, mas entre sí mismos eligen Capitanes, grandes salteadores con quien andan en manadas movedizas, partidas en cuadrillas; no tienen Ley ni Religión concertada, aunque réverencian al demonio, y lo consultan para sus guerras que las tienen entre sí muy sangrientas. Pelean desnudos untados con matices de diferentes colores, y con arcos y flechas con puntas de pedernales, armas que por ser de caña parecen débiles; pero es increíble el estrago, que puestas en sus manos hacen en los hombres armados, y en los caballos, aunque vayan cubiertos.

Entre estos crueles bárbaros se entró muchas veces el animoso soldado de Jesucristo, sin más armas que las de la Cruz que llevaba en el báculo, y en el pecho, y consiguió muchas conquistas espirituales, a que no hubieran bastado soldados muy armados, con espadas y fusiles; pues enseñaba la experiencia que estos salvajes se burlaban de ellos. Baste por prueba, el haber este V. P. fundado el lugar que hoy es insigne Villa de San Miguel el Grande, y consta por testimonios auténticos que he registrado, fué su primera fundación con Indios Othomites, y Chichimecos, hecha por este V. P. como lo testifica el Cronista General de las Indias Antonio Herrera, quien asegura en la Década 8ª que se dió después el Nombre de San Miguel a la Villa, por una Iglesia que fundaron unos Religiosos Franciscos, que fueron de Xilotepec a aquel lugar, y primero se llamaba Izcuinapan, que quiere decir "agua de perros". Esta noticia combinada con las que saqué del Becerro del Convento de Santa Clara, y lo que dice la Crónica de Michoacán, hacen fe de que el V. P. Fr. Juan de San Miguel fué el fundador primero, y que le dió el nombre del Santo Príncipe, que hasta hoy se conserva, y se mantuvo en aquel lugar con otros Religiosos mientras se fundó el Presidio para defenderse de los Chichimecos, dejando con los militares un Capellán que les administró en aquellos principios. Por sólo esta empresa se puede rastrear el espíritu apostólico con que trabajaba este Siervo de Dios, que se hubiera mantenido allí mucho más tiempo, si la necesidad que había de operarios en Michoacán no le hubiese obligado a levantar la mano de aquella labor dejando en otros hombros su cultivo.

En lo que pudiera repararse sobre lo dicho, es en la noticia del Cronista Herrera que asienta fueron Religiosos de Xilotepec los que fueron a fundar el sitio de San Miguel; pero no obsta a que fuese uno de ellos, y el principal N. Fr. Juan de San Miguel, pues en aquel tiempo era una sola Custodia la del Santo Evangelio, y tenía por suyos los Conventos que se iban fundando en Michoacán, con que pudo haber salido este V. P. de Xilotepec y tener hecha la Iglesia de San Miguel, cuando se hizo Custodia Michoacán. La Crónica de esta Provincia refiere, que después de haberla dejado este V. Varón, y que se hizo Villa de Españoles, se mudó el sitio de la Iglesia un cuarto de legua más arriba, hacia el Oriente, por la comodidad de las aguas. El nombre que da al sitio Herrera, de Izcuinapan, diciendo que significa "agua de perros", no he podido encontrar en autor alguno la significación de dicho vocablo, porque ni es de la lengua mexicana, ni las othomites tienen esta voz como le he preguntado a personas muy inteligentes de este idioma, y pudo ser voz bárbara que usasen los chichimecos que había por entonces en aquel puerto. ¹

Volviendo a la narración de lo que trabajó el V. P. le fué muy costoso el reducir a los bárbaros a que se contentasen con tener sólo una mujer, que es lo que permite la Ley de Cristo, repudiando la multitud de ellas con que los tenía embelesados el demonio. Cosa fué ésta que apuró más la

¹ Con permiso del autor, la voz es mexicana, compuesta de *Itzcuintli*, perro y *apan*, sobre el agua, de modo que la traducción no es la que da Herrera, sino: perro sobre el agua. (Nota de los EE.)

paciencia de los Ministros, que toda la conversión; porque ya el amor en ellos como había echado raíces se estaba inmóvil, cuando oía que el Evangelio no admitía muchas mujeres sino una, no miraba su barbaridad sino las conveniencias de su apetito, y así no acababan de resolverse, luchando el espíritu con la carne sin determinarse a lo que les era tan conveniente. En fin, las palabras de este Predicador Evangélico fueron llamas abrasadoras que destruyeron todas las dificultades que se les oponían, y convirtió tantas almas como pinos tiene la montaña, y repudiando todas las mujeres que tenían en su gentilidad, se casaban con una según el Rito de la Santa Romana Iglesia. A las dificultades que se les ofrecían preguntándole si era válido el matrimonio contraído con mujer estéril uno, respondía con la autoridad del Gran P. S. Agustín, que debía mantenerse, pues aunque fallara la fecundidad, se podían verificar los honestos fines para que se instituyó el matrimonio, que son la unión, gracia matrimonial, y la propagación de la naturaleza, que si por accidente falta no puede anular lo válido del matrimonio.

*De otras cosas muy memorables que emprendió
el siervo de Dios*

Vencidas estas primeras dificultades, prosiguió en la demanda de su ministerio corriendo personalmente las cumbres de toda la Sierra de Michoacán en busca de los Indios, siendo el caudillo que abría el camino por aquellas serranías, y desiertos, a pie, desnudo y hambriento, ayunando casi todo el año, sin perder un punto las horas del Oficio

Divino, aunque fuese entre tigres y leones, y en los mismos bosques donde habitan estas fieras, hacía sus disciplinas ordinarias todos los días, pidiendo a N. Sr. el acierto de sus designios. Muchas veces iba rompiendo la nieve en tierras tan frías como hay en la Sierra que era menester el espíritu de N. P. S. Francisco para caminar adelante; otras veces experimentaba los bochornos de la tierra caliente sin yedra que lo albergase, como el Profeta Jonás, sino un roto sombrero que le defendía para no quedar más tostado de los rayos del sol. Quien le viera en estos momentos correr como ciervo amoroso al socorro de los hijos, diría que era violencia y raptó de un espíritu celestial, y no de un hombre descalzo, desnudo y falto de toda conveniencia humana. A su incansable trabajo atribuye la Crónica la mayor parte de todo lo que se pobló en Michoacán, que fué el principal ministro que pobló las Cabeceras de los pueblos, y a su imitación se fueron poblando y congregando todos los demás con la misma política, y observando el mismo estilo en la fábrica de las iglesias, en la Doctrina y asistencia de los niños para aprenderla, y en todas las demás cosas temporales.

En donde dejó más señaladas las huellas de su fervoroso espíritu, y en lo material más perpetuas memorias de su aplicación a lo político, fué en el pueblo de Uruapan. Fundada ya gran parte de la Sierra, llegó el Siervo de Dios a este sitio, y viéndolo tan ameno, fecundo y vistoso, le pareció que el mismo Cielo con su alegre semblante miraba aquel paraje con especial agrado. Hizo alto allí el Colono Seráfico, Caudillo del pueblo, apóstol de su Iglesia, y tiró las líneas para fundarlo en el mejor lugar que contenía todo aquel valle,

y que tiene todo el Reyno de Michoacán, repartiendo la población en sus calles, plazas y barrios, con tan linda disposición que pudiera emular la aristocracia de Roma. Dió a cada vecino su posesión, mandando que desde luego hiciesen casas, y que en cada una pusiesen su huerta, plantando todo género de frutas, plátano del muy pequeño, y exquisito, ate, chicozapote, mamey, lima, naranja, limón real y ordinario, y no sé si desde entonces se plantó un limón grande y exquisito que tiene dentro otro limón pequeño, con corteza y pepitas como el mayor, que a cuantos lo han visto les ha causado curiosa admiración. No hay casa de indio, que no tenga de todas estas y otras muchas frutas de Castilla, y agua de pie para la verdura, con tan linda disposición y arte que todo el pueblo parece un país flamenco, de frutales tan levantados que compiten con los pinos para subirse al Cielo. A un lado del pueblo está un ojo de agua de doce varas poco más o menos de circunferencia, tan profundo y corpulento, que discurriendo hacia el Poniente a tiro de piedra es ya un río tan caudaloso, que impide el vadearse y sirve de cinta o muralla a la población. De allí a dos leguas enfrena su curso en una montaña tan espesa que como esponja sedienta se bebe todo el raudal, y no despide gota hasta verse harta. Lo que causa admiración a la vista, es el que desmenuzándose toda la copia de agua por entre los pinos, riscos y peñascos se despide gota a gota por la otra parte de la montaña, y parece como lluvia de aljófara o un gran copo de nieve, que pudieran enriquecer a los poetas de sus fingidas perlas, aljófara y cristales. Apenas gana pie de agua, y recoge sus desperdicios cuando vuelve a formarse hermoso río que corre

hacia el Poniente, y cría en sus cristales muchas truchas y otra variedad de pescados. Demás de este río hay dentro de Uruapan, otros muchos ojos de agua, con que le fué fácil al Siervo de Dios encañarla por todas las calles, y casas del pueblo, sin que haya alguna que no tenga: y así todo el año se ve fruta y verdura por ser la tierra tan fértil en tanto grado, que en todo su circuito se está sembrando, cogiendo, espigando y naciendo el trigo en todos los tiempos del año; con que siempre está dando fruto, y es cosa bien de notar que en aquel terreno a quien el Cielo hizo tan fecundo, se ven a un mismo tiempo unos segando, otros sembrando y otros aventando el trigo en las eras. La razón de esta hermosa fecundidad es porque a las cinco de la tarde se levanta una marea tan suave, y fresca, que estorbando las inclemencias del cielo, dura hasta las cinco de la mañana, y así nunca hiela: con que se ha conservado el pueblo con la misma abundancia que en su primera fundación. Antiguamente se mantenían más de mil fuegos, que eran otras tantas familias; aunque con las pestes que después han sucedido se han minorado los habitantes; pero no en el comercio, que como es de todo el Reyno, no cesa la contratación en todos los géneros de la Provincia y de la tierra. Es tan numeroso el concurso que hay de todas partes, no sólo de la Sierra, sino de tierra afuera, que obligó al Pueblo a que introdujera todos los días el Tianguis a quien nosotros llamamos feria, donde se compra y vende desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche.

Para evitar la confusión de la obscuridad que trae consigo la noche, y poder libremente comerciar y volverse los